

MAURICIO EL AJUSTICIADO

6

UNA PERSECUCION MASONICA

I.

El gabinete de reflexiones.

Tenemos que conducir al lector á un aposento singular. Es una pieza cuadrilonga, de una sola entrada y sin ventanas ni respiraderos; las paredes, tapizadas de grandes lienzos negros que las cubren completamente, ostentan sobre este fondo lúgubre signos funerarios pintados de blanco; ya es un reloj de arena coronado por un cráneo humano y al que sirven de pedestal dos canillas colocadas en forma de cruz; ya un buho pronto á apagar con sus alas la luz de una antorcha mortuoria; ya un esqueleto que con la hoz en una de sus descarnadas manos y el reloj de arena en la otra, parece recordar á quien le contempla la brevedad de la vida y lo súbito de la muerte.

De trecho en trecho, y alternando con estos trofeos de la nada, se ven escritas con extraños y fantásticos caracteres, frases singulares y amenazadoras:

“Si una vana curiosidad te conduce aquí, retírate.”

“Si temes que tus defectos sean descubiertos, no permanezcas en este lugar.”

“Si cabe en tí el disimulo, tiembla, porque se te penetrará.”

“Si respetas las distinciones humanas, deja este sitio porque en él no se conocen.”

“Si tu alma ha experimentado el terror, no prosigas adelante.”

“Se podrá exigir de tí los mayores sacrificios, aun el de tu vida; ¿estás decidido á hacerlos?”

En el centro de ese aposento, que con sobrada razon hemos llamado singular al principio de este capítulo, hay una mesa cubierta con un tapete negro. Dos cirios grandes y amarillos, colocados sobre ella, alumbran la escena con siniestra luz, y entre los dos candeleros que los sostienen se ostenta un tintero grande, de forma extraña, coronado por un cráneo humano de cuyas mandíbulas salen á derecha é izquierda dos pipas semejantes á las que usan los fumadores y llenas de tinta.

Un hombre de fisonomía franca y simpática, de espaciosa frente quebrada por una honda cicatriz, ojos negros rasgados y expresivos, nariz ligeramente encorvada y labios gruesos sombreados por un espeso bigote negro, está sentado junto á la mesa en actitud reflexiva y fijos los ojos en un papel escrito, que con mano ligeramente trémula sostiene. El contenido de aquel papel parece absorber completamente su atencion, y á cada momento pasa su mano izquierda por la frente ardiente y cubierta de sudor como queriendo arrancar de ella un pensamiento, una idea, que venga á desvanecer las dudas que ha despertado en su espíritu la lectura de unos cuantos renglones, y á dar una solucion satisfactoria á las cuestiones que encierran.

—¿Cuáles son los deberes del hombre para con Dios?— se repite aquel hombre por la centésima vez, leyendo el papel que tiene delante — yo pienso que esos deberes se reducen á creer en su existencia, amarle y respetar sus leyes; pero estos hombres

extraordinarios á cuya sociedad quiero pertenecer y que me sujetan á esta prueba que podria llamar de fé, acaso se burlarán de mí si doy semejante respuesta. ¿Creerán en el Sér Supremo? Aseguran que su sociedad no tiene otro fin que el del mútuo auxilio y la caridad; ¿cómo, pues, podrán desconocer ó negar la existencia del que es la fuente viva de esta virtud, del que ha dicho á los hombres *amaos unos á otros?*

Y, despues de un momento de vacilacion, ese hombre, á quien desde este momento llamaremos Mauricio, tomó la pluma y escribió al pié de la pregunta que le preocupaba:

— Creer que existe, amarle y respetar sus leyes.

—¿Cuáles son los deberes del hombre para con sus semejantes?— se dijo despues, leyendo el misterioso papel en el que acababa de asentar su respuesta.— En esto no hay lugar á duda, añadió, despues de un momento de meditacion, y con mano mas firme que ántes, puso en seguida:

— Amarlos como á sí mismo y socorrerlos en todas sus necesidades.

—¿Cuáles son los deberes del hombre para consigo mismo?— continuó leyendo; sus ojos despidieron un brillo singular, se verificó una trasfiguracion extraña en su semblante, y con agitación casi febril escribió estas palabras:

— Cultivar su razon que le hace superior al bruto; no perder jamas la condicion de hombre libre con que vino al mundo, y procurar acercarse cada vez mas por la educacion y por el raciocinio á Dios, que le hizo á su imágen y semejanza.

El papel no contenia mas preguntas.

Mauricio se levantó de su asiento y comenzó á pasearse por la sala como un hombre que aguarda á alguien y que se impacienta de que no llegue. Una sonrisa burlona aparecia en sus labios cada vez que sus ojos se fijaban en las fantásticas y fúnebres figuras que llenaban las paredes. Al cabo de un rato suspendió de pronto sus paseos, y fijándose en las sentencias que

alternaban en las paredes con las calaveras y con los buhos, dijo dándose una palmada en la frente:

—Me olvidaba de que tenía que hacer mi testamento.

—Vaya un modo raro que tienen estos hermanos de llamar las cosas, continuó; cuando Manuel me dijo que debía yo hacer mi testamento, no pude menos de reírme, creyendo que uno de los medios de que los masones usaban para probar el valor de los neófitos era presentarles bajo diferentes aspectos y diversas formas, la idea de la muerte; pero esa especie de oso que me condujo aquí me intimó que debía contestar categóricamente á cuanto dicen esas paredes, y que mis respuestas serian mi testamento. Vamos, pues.

Y dirigiéndose de nuevo á la mesa, tomó la pluma y escribió:

“No es una vana curiosidad la que me conduce á este lugar; vengo á buscar una ocasion de ser útil á mis semejantes y á mi patria, ejerciendo las virtudes que deben constituir el único objeto de la masonería.”

“Son muchos mis defectos, porque soy de humana naturaleza; pero no temo sean descubiertos por los hombres, que como yo, están sujetos á ellos.”

“Felicitó á los masones por el talento de penetracion que poseen, pero ajeno al disimulo y á la perfidia, llevo el corazon en los labios y no se necesita ser adivino, ni profeta, ni mason, para comprender mis sentimientos. No estoy acostumbrado á temblar ante los hombres.”

“Aunque Dios ha formado de igual materia á todos los hombres, el espíritu y las virtudes de los unos los hacen superiores á los otros; si á eso llaman ustedes distinciones humanas, que me conduzcan fuera de aquí, porque las respeto; si dan ese nombre á la riqueza y al poder, sin el talento y las virtudes, desprecio semejantes distinciones.”

“Solo el que comete un crimen debe experimentar el terror en

su alma; esos simulacros de muerte con que adornan ustedes su casa, ni me apenan ni me atemorizan.”

“Si los sacrificios que se exijan de mí son útiles á mi patria ó á la humanidad, estoy dispuesto á hacerlos; si no tienen otro objeto que probar mi valor ó engrandecer á un individuo, no cuentan ustedes con ellos.”

Mauricio habia concluido *su testamento*; le leyó y pareció quedar satisfecho de lo que habia escrito, porque dando á su fisonomía una expresion de superioridad extraordinaria, se levantó de nuevo de su asiento y volvió á pasearse frotando una con otra sus manos y visiblemente complacido.

No hacia mucho que Mauricio habia emprendido de nuevo sus paseos, cuando se abrió estrepitosamente la puerta del departamento y entró un hombre vestido con un traje comun, pero llevando cruzada en el pecho una ancha cinta de seda azul celeste y morada, con geroglíficos bordados, y en uno de sus extremos una hoz y un reloj de arena; pendia de su cintura un mandil blanco como los que gastan los albañiles de comedia. Tenia una espada desnuda en la mano derecha, y sin hacer cumplimiento alguno á Mauricio, se acercó á la mesa, donde este habia dejado sus respuestas y su *testamento*, y prendiendo ambos papeles en la punta de la espada, se marchó de la misma manera que habia entrado, dejando á nuestro héroe extraordinariamente sorprendido.